

# *Solzhenitsyn, Rusia y los judíos: nuevas consideraciones<sup>1</sup>*

Daniel J. Mahoney\*

El volumen dos del estudio monumental de Solzhenitsyn sobre las relaciones judeorrasas, *Dvesti Let Vmeste* (*Doscientos años juntos*), apareció en las librerías de su natal Rusia en los días finales de 2002 (con un tiraje de cien mil copias de acuerdo con su editor). Ambos volúmenes de *Doscientos años juntos* han sido rotundos éxitos de venta en Rusia y han dado lugar a una respuesta amplia y variada de la crítica, que va de lo amistoso y respetuoso a lo agresivamente hostil. El primer volumen de *Doscientos* trataba del encuentro entre los rusos y los judíos desde 1772 (cuando se les permitió a cien mil judíos entrar al imperio ruso) hasta la víspera de las conflagraciones revolucionarias de 1917.

El segundo volumen retoma la historia y cubre el periodo que va de las revoluciones de 1917 al éxodo de cientos de miles de judíos hacia Israel y Occidente que comenzó a principios de la década de 1970. Solzhenitsyn comienza su libro con un notable excursus sobre lo que significa ser judío (es fascinante observar al gran escritor ruso concentrarse minuciosamente en figuras de la talla de Hannah Arendt, Gershom Sholem y Amos Oz). Sólo entonces se dirige a un examen detallado de las relaciones rusojudías durante casi toda la duración del período soviético. El primer volumen tenía por objetivo, ante todo, “reportar” sucesos y

---

\* Traducción: Marta Gegúndez.

<sup>1</sup> Sobre *Dvesti let Vmeste. Chast' II* [*Doscientos años juntos*, volumen II], de Aleksandr Solzhenitsyn. Moscú: Risskii put', 2002. 451 pp., en su versión francesa: *Deux siècles ensemble (1917-1972), tomo II, Juifs et Russes pendant la période soviétique*, traducido del ruso por Anne Kichilov, Georges Philippenko, y Nikita Struve. París: Arthème Fayard, 2003. 607 pp.

estaba marcado por un tono contenido e incluso académico; el segundo describe sucesos que Solzhenitsyn conoció de primera mano o acerca de los cuales ha pasado décadas investigando y escribiendo en obras como *El archipiélago Gulag* y *La rueda roja*. Es el más literario de los dos volúmenes y se embellece con una prosa vívida y vigorosa.

Tanto el primer volumen como el segundo de *Doscientos* han aparecido ahora en traducciones al francés y al alemán, pero no se avizora la edición en lengua inglesa de ninguno de ellos. La recepción francesa de los dos volúmenes ha sido en general bastante respetuosa, mientras que, como hemos dicho, la recepción rusa fue decididamente más acalorada. Aquí, en Estados Unidos, a pesar de la aparición de tratamientos inteligentes del primer volumen de la obra en foros tan diversos como *The New Yorker*, el *TLS*, *The New Republic* y *Society*, hasta ahora los editores no se han atrevido a publicar la que probablemente sea la última obra importante de Solzhenitsyn. Cualesquiera que fueren sus motivos, ésta es una laguna que debe corregirse.

#### DE LA BELIGERANCIA AL ENTENDIMIENTO

Con algunas excepciones notables, los críticos de *Doscientos años juntos* no han logrado aceptar las consideraciones morales e intelectuales más amplias y profundas que inspiran el análisis histórico de Solzhenitsyn sobre las relaciones rusas y judías durante el periodo del gobierno soviético. Algunos críticos se han preocupado tanto por desenterrar la evidencia del supuesto antisemitismo de Solzhenitsyn que apenas han observado el íntegro compromiso personal y nacional con el “arrepentimiento y autolimitación” que inspira cada página de su análisis. Solzhenitsyn, de hecho, se abstiene explícitamente de un análisis partidista o nacionalista de la “cuestión judía” de Rusia; sin embargo, muchos críticos persisten en el falso supuesto de que el nacionalismo ruso es su “estrella polar y brújula”. A través del libro, Solzhenitsyn hace una crónica cuidadosa de las hazañas y vilezas de rusos y judíos por igual, y aboga por la comprensión mutua y el arrepentimiento de ambas partes.

Pero los críticos hostiles sospechan lo peor y hacen su mejor esfuerzo para encontrarlo. Se acercan al libro no con el ánimo concienzudo y de criterio amplio

que solicita el autor del libro, sino más bien con el ánimo de un fiscal celoso que presenta su alegato final ante un jurado (un ejemplo clásico es el de un reseñista francés de izquierda en *La quinzaine littéraire* que primero atacó el volumen I de *Doscientos* por su “antisemitismo mal controlado” y luego le reprochó al volumen II ¡el hábil encubrimiento de su animosidad antisemita!). A pesar de la acritud que probablemente haya ocasionado por su incursión en aguas traicioneras, Solzhenitsyn permanece comprometido con la comprensión mutua, “sincera y benévola”, entre rusos y judíos. Pero tiene pocas ilusiones a este respecto. Cerca del final de la obra, Solzhenitsyn afirma que “aun los movimientos más moderados hacia el recuerdo, el arrepentimiento y la imparcialidad provocan un duro reproche de los guardianes del nacionalismo extremo –tanto ruso como judío”. La acalorada y a veces desquiciada reacción crítica a la publicación de *doscientos* proporciona amplia evidencia para apoyar los presagios de Solzhenitsyn.

¿Por qué, entonces, el premio Nobel ruso se arriesgó al escarnio e incluso a la pérdida de parte de su reputación para dedicar muchos años de su vida a una exploración y un examen minuciosos de las relaciones ruso-judías? La única respuesta razonable es que Solzhenitsyn está genuinamente comprometido con arrojar alguna luz sanadora sobre este problema aparentemente intratable, problema que se ha exacerbado con la mala voluntad, la animosidad y la sospecha mutua de las partes. Para mérito suyo, Solzhenitsyn nunca permite que una crítica malintencionada o inspirada por ideologías lo disuada de su empeño. En el ocaso de su vida, se embarcó en *Doscientos años juntos* con la sincera esperanza de que su estudio pudiera contribuir a encontrar “caminos mutuamente accesibles y benévolos a lo largo de los cuales pudieran proseguir las relaciones rusojudías”.

En general, la obra de Solzhenitsyn no ha sido bien recibida inicialmente por la comunidad rusojudía, para no mencionar al *establishment* intelectual liberal de izquierda. La respuesta de los intelectuales rusojudíos ha sido defensiva, por decir lo menos. Algunos han acusado a Solzhenitsyn de ser sesgado, otros de antisemitismo abierto. Algunos críticos particularmente férvidos, como Semyon Reznik, han acusado a Solzhenitsyn de ser un ideólogo del antisemitismo criminal, un apologista de las Centurias Negras y los pogromos. Muy pocos, ya sea del lado ruso o el judío, han respondido afirmativamente al llamado de Solzhenitsyn para la comprensión y el arrepentimiento mutuos.

Pero ha habido excepciones. El mismo Solzhenitsyn se ha alentado con el “extremadamente valioso artículo” sobre el volumen uno de *Doscientos años* que Alexander Eterman publicó en la revista rusoisraelí *Vremya iskat*. Admira el artículo de Eterman de un modo muy semejante como anteriormente admiró la penetrante erudición de autores judíos como Mikhail Agursky, Mikhail Heller y Dora Sturman, quienes tanto hicieron para exponer la Mentira Comunista y promover la reconciliación rusojudía. Estos autores están imbuidos de un profundo respeto por la cultura rusa, así como por las tradiciones intelectuales y espirituales del pueblo judío. Solzhenitsyn continúa teniendo confianza en que otros en la comunidad judía responderán positivamente a su llamado al diálogo respetuoso una vez que las pasiones del momento se calmen. Uno sólo puede esperar que Solzhenitsyn resulte ser tan presciente a este respecto como lo fue en su anticipación casi sobrenatural del colapso de la Unión Soviética.

La sordera partidista o ideológica no es la única causa de la dificultad para oír realmente lo que Solzhenitsyn tiene que decir. El editor de *National Review*, Jay Nordlinger, ha observado acertadamente que Solzhenitsyn se encuentra lejos de estar atento a las ‘sensibilidades’ de los lectores modernos. Solzhenitsyn rara vez evita cuestiones controversiales ni mitiga las verdades incómodas. Ésta es una marca de su grandeza, pero también es fuente de malentendidos. La voz de Solzhenitsyn es mucho más mesurada de lo que sugieren sus críticos, pero quizá no tan política como dictaría el amor propio verdaderamente sensato. Habla francamente y da por sentada la madurez intelectual y espiritual de sus interlocutores. Hace honor a sus lectores, pero este privilegio incluye también ciertas exigencias. En cualquier caso, debe verse que su libertad con respecto a la corrección política no tiene en modo alguno su origen en la antipatía hacia los judíos o hacia cualquier otro pueblo espiritualmente grande.

Como saben los lectores de su “Discurso Nobel”, Solzhenitsyn cree que las naciones desempeñan un papel indispensable en los designios de Dios para la humanidad. Teme que la desaparición o la erosión de la variedad total de las naciones empobrecería a la raza humana y tendría por resultado la “entropía del espíritu humano”. Admira enormemente al Estado de Israel y cree que la creación del Estado judío fue un momento singular para el reconocimiento de la dignidad y la libertad del tan injuriado y largamente perseguido pueblo judío. No duda en

criticar a judíos en lo individual cuando se justifica, pero nunca al pueblo judío como tal. Como lo planteó Solzhenitsyn en una importante entrevista que apareció en el *Moscow News* con motivo de la publicación del volumen dos de *Doscientos años*: “No juzgo a una nación en conjunto. Siempre distingo entre diferentes estratos de judíos... los que se precipitaron impetuosamente a la revolución... [y aquéllos que] trataron de contenerse a sí mismos y de contener a los jóvenes y hacer respetar la tradición... No creo que juzgue a una nación en conjunto. Creo que no compete a los humanos hacer tales juicios en un alto nivel espiritual”.

Solzhenitsyn está convencido de que enjuiciar sumariamente a un pueblo en conjunto es “incorrecto en un nivel espiritual, responsable”. Es cuidadoso, entonces, al hacer las distinciones requeridas y evitar cualquier asomo, mucho menos acusación, de culpa colectiva. No obstante, sí llama tanto a rusos como a judíos a asumir la “responsabilidad” moral colectiva de la conducta y las elecciones de sus hermanos “renegados” en el siglo veinte, como componente y requisito de pertenencia nacional y dignidad genuinas (esos renegados incluyen a aquellos rusos que confundieron el amor a la patria con el odio a los judíos, así como a aquellos rusos y judíos que rechazaron las tradiciones espirituales de sus padres y se precipitaron impetuosamente al nihilismo de la revolución ideológica). Pero Solzhenitsyn se opone explícitamente a las atribuciones de culpa colectiva. La culpa es un fenómeno individual, la responsabilidad puede ser colectiva.

A este respecto, Solzhenitsyn niega que hablar francamente sea igual a hablar “beligerantemente”. Esta distinción es crucial para entender el carácter retórico de *Doscientos años juntos*. De otro modo, los lectores buscarán infructuosamente en el libro pasajes filosemitas y ‘antisemitas’ en competencia, llevando el marcador y confundiendo la crítica honesta con la hostilidad y el sesgo. En un poderoso y conmovedor *cri du coeur* que aparece en la conclusión del capítulo veinticinco, Solzhenitsyn hace un llamado a que rusos y judíos renuncien de una vez por todas a la terriblemente “distorsion(ada)” visión de que “hablar francamente significa hablar como enemigos”. Le dice al lector que mientras que llama a las cosas por su nombre, no “siente ni siquiera por un momento” que sus palabras “conlleven hostilidad hacia los judíos”. Una vez más, Solzhenitsyn reitera el objetivo moral de su libro, un objetivo que anunció primero en el prólogo a la obra en conjunto: “ambos *debemos entendernos*, debemos aprender a *ponernos en su situación* y

*a adentrarnos en los sentimientos del otro.* Por medio de este libro quiero extender una mano de comprensión mutua para nuestros futuros, de unos y otros”.

Solzhenitsyn arguye que esa comprensión mutua debe ser verdaderamente “recíproca”. La conciencia nacional y el patriotismo rusos no deben descartarse *a priori* como una aparente justificación para el imperialismo y el antisemitismo. Solzhenitsyn es particularmente crítico de los publicistas judíos que condenan el patriotismo ruso *tout court*, o que fusionan el despotismo soviético con las tradiciones nacionales prerrevolucionarias de Rusia. Es quisquilloso al responder a la negativa de algunos intelectuales judíos a imaginar siquiera la posibilidad de un “patriotismo ruso puro que no sea culpable ante nadie”. Solzhenitsyn insiste en que no puede condenarse a los rusos, como tampoco a los judíos, “en conjunto”. El camino del patriotismo contenido y ético está en principio abierto a todos los pueblos. Los rusos deben rechazar para siempre la tentación del antisemitismo y los judíos deben aprender a distinguir entre los pecados del pueblo ruso y sus ricas y humanizantes tradiciones culturales y espirituales.

Solzhenitsyn está convencido de que los pueblos ruso y judío están unidos por un “Designio misterioso”, un destino que no debe olvidarse ahora que tantos judíos rusos han elegido el camino de la emigración o la ciudadanía en Israel. Para él, “parece obvio que la verdad de nuestro pasado en común es para nosotros, judíos como rusos, *moralmente necesaria*”. Solzhenitsyn rechaza así el camino de la enemistad en nombre de la comprensión mutua, el arrepentimiento y la reconciliación. Los lazos que unen a rusos y judíos son más que meramente “históricos”. Solzhenitsyn es capaz de comprender “al Otro” precisamente porque reconoce que la nación da acceso a lo Universal, que “la unión íntima de lo nacional y lo universal” es “la cualidad más necesaria (y más fructífera para los siglos por venir)”.

El propio patriotismo de Solzhenitsyn está desprovisto de toda dimensión racial o “exclusividad nacional mesiánica”. Los seres humanos no tienen que elegir entre ataduras patrióticas a su pueblo o nación y el reconocimiento de imperativos morales y universales y de humanidad común. Solzhenitsyn nunca privilegia simplemente a los rusos por encima de otras naciones o pueblos (aun cuando ama a su pueblo con un amor fraternal especial) porque sabe que es idólatra confundir a una nación en particular con lo Universal como tal. Pero también comprende

que, paradójicamente, es al responsabilizarnos de nuestra propia nación que se nos da acceso a las articulaciones universales de nuestra humanidad.

Estamos obligados, entonces, a amar a nuestro país como una manifestación preciosa del plan multifacético de Dios para la humanidad. La generosa concepción que tiene Solzhenitsyn del patriotismo es la cosa más apartada del nacionalismo de “sangre y tierra”. No tiene espacio, en absoluto, para el chauvinismo y el antisemitismo. Y sabiamente rechaza un cosmopolitanismo sin alma que niega la legitimidad de un patriotismo humano que exige que nos responsabilicemos de nuestro pueblo y que rindamos cuentas de sus múltiples faltas y limitaciones.

#### EL RECHAZO A LA TENTACIÓN DE CULPAR

En los primeros capítulos del volumen dos, Solzhenitsyn repudia inequívocamente la judeofobia común a los círculos nacionalistas y de extrema derecha de Rusia. Y niega igual de enérgicamente la visión absurda de que el movimiento revolucionario ruso del siglo diecinueve, la revolución de febrero de 1917 que derrocó el orden zarista, o la de octubre que llevó al poder a Lenin y a los bolcheviques, fueron producto de una conspiración judía para esclavizar o destruir a Rusia. En el volumen uno de *Doscientos años*, ya había tratado y repudiado argumentos similares hechos con referencia al movimiento revolucionario ruso del siglo diecinueve y a los levantamientos revolucionarios de 1905. Sus posturas sobre esta materia no podrían ser más claras. Pero esto no impidió que los servicios informativos difundieran reportes absolutamente ficticios acerca de advertencias de una ‘conspiración’ contra Rusia que Solzhenitsyn supuestamente emitió en una aparición televisiva en 1998. Ni ha disuadido a los críticos más febriles de Solzhenitsyn de regurgitar estas representaciones falsas y desvergonzadas. Las cabezas de Medusa reaparecen interminablemente.

En los primeros capítulos del volumen dos, Solzhenitsyn examina, en particular, el papel de los judíos en las revoluciones de febrero y octubre, y en la administración y consolidación del control bolchevique durante y después de la guerra civil de 1918-1921. Como hemos dicho, Solzhenitsyn se niega categóricamente a culpar a los judíos de una calamidad revolucionaria que fue en aspectos decisivos

resultado de decisiones tomadas por los rusos mismos. Ese uso de chivos expiatorios, arguye, es profundamente injusto con el pueblo judío y desvía a los rusos de aceptar sus propios pecados y omisiones.

Solzhenitsyn es severamente crítico de una “revolución” de febrero que culminó en una “seudodemocracia” débil e ineficiente, que socavó la vigorosa sociedad civil que había empezado a florecer en el último medio siglo del régimen zarista, y que finalmente preparó el terreno para el primer experimento de totalitarismo del siglo veinte. No obstante, Solzhenitsyn aprueba los esfuerzos de la efímera democracia rusa para otorgar cabal ciudadanía a los judíos de Rusia y reconoce que esas medidas ya se habían tardado mucho. Pero su análisis demuestra ampliamente que si los judíos fueron los principales beneficiarios de la revolución de febrero, en modo alguno fueron sus instigadores o arquitectos. En un pasaje particularmente revelador, Solzhenitsyn resume sus conclusiones acerca de las causas de la revolución rusa, causas que se detallan abundantemente en los múltiples volúmenes de *La rueda roja*:

Nosotros (los rusos) fuimos los autores de este naufragio: nuestro ungido Tsar, los círculos de la corte, los incapaces generales de alto rango, los administradores de mente entumecida; y, con ellos, sus oponentes: la *intelligentsia* de élite, los octubreístas, los líderes de Zemstvo, los demócratas constitucionales [kadetes], los demócratas revolucionarios, los socialistas y los revolucionarios; y con ellos también los elementos errantes de reservistas vergonzosamente encerrados en las barracas de Petrogrado. Eso fue lo que condujo a la ruina. Entre la *intelligentsia* había, seguramente, muchos judíos, pero eso no da base para que se identifique la revolución como “judía”.

Al proseguir sus investigaciones para *La rueda roja*, Solzhenitsyn encontró repetidamente episodios, discursos y escritos dirigidos específicamente a la “cuestión judía”. En consecuencia, enfrentó una difícil elección acerca de cuán prominentemente exhibir estos temas en su narración, día a día, de “Marzo de 1917” y “Abril de 1917” del drama revolucionario que se desdoblaba. Al final, tomó la decisión deliberada de no interrumpir la narración de los sucesos con excursos sobre la cuestión judía. Es comprensible que temiera que lo que podría aparecer como un énfasis desmesurado en la cuestión judía en una obra que investigaba los orígenes y las causas de las revoluciones rusas de 1917, nutriera un

pensamiento conspiratorio equivocado de antisemitas, de esos extremistas cuya primera inclinación era “culpar a los judíos de todo”.

Solzhenitsyn no quería desviar la atención de sus lectores de “las verdaderas” o “principales causas” de las revoluciones de febrero y octubre y del examen de conciencia que es tan crucial para la recuperación de una conciencia nacional rusa sana. Si Solzhenitsyn hubiera hecho demasiado énfasis en cosas judías podría haber contribuido intencionalmente a esa “fácil y picante tentación” de reducir una tragedia histórica compleja a las supuestas maquinaciones de una minoría judía marcada por la duplicidad. *Doscientos años juntos* rechaza absolutamente esa perniciosa tentación sin sucumbir a otra más comprensible: la de pretender que nunca hubo ninguna “cuestión judía”, asunto que necesitan enfrentar el historiador escrupuloso y el ciudadano comprometido. Solzhenitsyn ha elegido un tercer camino que plantea desafíos completamente suyos. Su *vía media* es una, espiritualmente demandante, que requiere juicio equilibrado, discernimiento personal y una capacidad para hacer distinciones adecuadas. En un nivel más básico, es necesario evitar juicios sumarios acerca de pueblos “en conjunto”.

#### RENEGADOS Y REVOLUCIONARIOS

Solzhenitsyn es muy enfático: la revolución de febrero fue bien recibida por los judíos rusos y ucranianos, pero no fue hecha por ellos. Ni representaron los judíos ningún papel particularmente grande en la toma del poder por los bolcheviques en octubre de 1917. Los judíos, como León Trotsky, que sí desempeñaron un papel principal en ese acontecimiento eran revolucionarios comprometidos, judíos ‘desjudaizados’ que tenían un desdén ilimitado hacia las tradiciones y la fe de sus padres. No, los judíos no tuvieron ninguna responsabilidad especial en la calamidad del bolchevismo o la tragedia mayor del totalitarismo comunista. Fue ante todo la estupidez de las élites rusas y la inmadurez del pueblo ruso las que sellaron el destino de la nación rusa en el año revolucionario de 1917. “Es generalmente un regaño justo: ¿cómo podría todo un pueblo, con una fuerza de 170 millones, ser llevado al bolchevismo por una pequeña minoría judía?”.

Solzhenitsyn arguye que la revolución bolchevique fue un fenómeno decididamente *internacionalista*, impulsado por ideólogos que habían roto con la cultura,

la fe y las tradiciones de sus padres, tanto judíos como rusos. Esos revolucionarios no respetaban límites morales y tenían una confianza irracional en la capacidad de la revolución para transformar la naturaleza humana y la sociedad. Los líderes y los soldados de a pie de la empresa leninista, fueran o no rusos, eran tímidos “renegados”, comprometidos con un asalto sin precedentes al orden político establecido, así como a los pedimentos mismos de la vida civilizada.

Lenin era el renegado por excelencia, un ruso inspirado por un desdén sin límites hacia su país, un revolucionario que detestaba todo lo asociado con la religión ortodoxa y el legado moral del mundo civilizado. Solzhenitsyn afirma claramente, en consecuencia, que los rusos, y los judíos en particular, que desataron las furias de la violencia revolucionaria habían repudiado el rico legado moral que les habían heredado sus antepasados. Pero un pueblo sigue estando obligado a aceptar la responsabilidad de sus renegados si desea llegar a un acuerdo con su pasado y “construir una vida respetable y digna”. Sin la disposición a aceptar la responsabilidad de las acciones de nuestros compatriotas, corremos el riesgo de socavar la integridad de la *nación* como comunidad moral arraigada en la memoria colectiva y en un sentimiento compartido de destino histórico.

Inicialmente, los judíos de Rusia eran cautelosos con los bolcheviques y temían que una nueva conflagración revolucionaria derribara los logros significativos que habían obtenido como resultado de la revolución de febrero. Pero la joven generación secularizada, desprendida de la sobria sabiduría del pasado, puso más que sobradas esperanzas en la asimilación, el “progreso” y la revolución. Concluyeron, con trágica consecuencia, que cualquier cosa sería mejor que el regreso al antiguo régimen ruso, un orden político y social que había impuesto incapacidades paralizantes a los judíos y distó mucho de estar vigilante para protegerlos contra los pogromos y otras erupciones de violencia antisemita. Después de haberse mantenido en un principio distante de los comunistas en 1917, la generación joven “cambió rápidamente de cabalgadura y con la misma confianza se lanzó al galope bolchevique”. Hicieron las paces con los “renegados” entre ellos. Demasiados llegaron a identificar las fortunas del pueblo judío con el éxito de la empresa bolchevique.

Solzhenitsyn nunca se cansa de reiterar que los judíos no fueron la fuerza principal detrás de la revolución soviética y que no tienen ninguna responsabilidad

especial en las desventuras que llegarían a afligir a Rusia en el terrible siglo veinte. Al mismo tiempo, es incorrecto pasar por alto el hecho de que un número notablemente desproporcionado de judíos tenían puestos de responsabilidad en los escalafones medios y altos del partido y en el aparato de la policía secreta durante las décadas de 1920 y 1930. De nada sirve ignorar este hecho. Hacerlo significa dejar este tema a los antisemitas, que se apropiarán de él para sus propios odiosos propósitos. Además, no pueden curarse las heridas sin una disposición a enfrentar las deshonrosas realidades del pasado. Solzhenitsyn es particularmente insistente en este punto. Como escribe en su prólogo a *Doscientos años*, “Nunca he concedido a nadie el derecho a ocultar sucesos que ocurrieron. No puedo llamar a un acuerdo cimentado en un testimonio injusto del pasado”. Los hechos desagradables deben enfrentarse directamente, sin perder el sentido de la proporción histórica y moral.

Basándose en la investigación del distinguido historiador de Rusia Bruce Lincoln, Solzhenitsyn señala que, en la cúspide del “Terror Rojo”, más de tres cuartas partes de los que sirvieron en la Cheka de Kiev eran de origen judío. Evidencias similares de una presencia judía desproporcionada en el Partido y la policía secreta pueden citarse para muchas otras partes de Rusia y Ucrania. Como resultado, grandes segmentos del público ruso llegaron a identificar al “Terror Rojo” con los judíos, una identificación sumaria que haría un daño indecible a las relaciones ruso-judías. Esta visión de que “los chekistas y los judíos eran prácticamente la misma cosa” se acreditó ampliamente en las filas tanto de los blancos anticomunistas como de los rojos. Este vínculo completamente antinatural del judaísmo con una ideología militantemente antirreligiosa y antinacional se reforzó con la cruda propaganda antisemita que prosperó en los territorios blancos durante la guerra civil. Pero no hay escapatoria para este hecho: la causa *principal* de esa identificación desafortunada del bolchevismo con el judaísmo fue el monstruoso comportamiento de los chekistas judíos mismos.

Desde luego, muchos judíos estaban comprensiblemente consternados por esta identificación de judío y bolchevique en la mente popular. A este respecto, Solzhenitsyn expresa su profunda admiración por los intelectuales judíos tales como D. O. Linsky, Iosif Bikerman y Daniel Pasmanik, quienes repetidamente recordaban a rusos y judíos por igual que el bolchevismo era absolutamente in-

compatible con la ley moral, la tradición judía y la libertad y dignidad de los seres humanos. Este círculo admirable de patriotas judíos rusos se alineó abiertamente con las fuerzas blancas durante la guerra civil. En su colaboración de 1924, *Rusia y los judíos*, esos judíos rusos anticomunistas trataron desesperadamente de persuadir a sus correligionarios de Occidente y de la comunidad emigrada de que el comunismo planteaba un inmenso peligro para toda la humanidad, así como para la integridad moral del pueblo judío. Solzhenitsyn tiene en alta estima su testimonio y en *Doscientos años juntos* les rinde el debido homenaje. Pero los colaboradores de *Rusia y los judíos* fueron salvajemente atacados por el ala de izquierda de la opinión judía en el mundo occidental. Los judíos de mente progresista todavía estaban librando viejas batallas y apuntando a objetivos conocidos. No vieron enemigos a la izquierda y aún no estaban preparados para pasar juicio crítico al joven “experimento” bolchevique.

Pero la hostilidad de la opinión “progresista” era sólo uno de los obstáculos que enfrentaban los judíos anticomunistas. Con algunas honrosas excepciones, los rusos blancos rechazaron tontamente el apoyo judío en una lucha que debería haber reunido a todos las personas decentes y amantes de la libertad. Algunas de las páginas más fascinantes del segundo volumen de *Doscientos años* tratan precisamente de la estupidez casi criminal de las fuerzas blancas al no aceptar el apoyo de los judíos anticomunistas en la lucha común contra el despotismo bolchevique. Sin duda, los generales blancos, como Denikin, eran hombres honorables que no tenían proclividades antisemitas y no deseaban ver violencia antijudía en las áreas bajo su control. Pero no hicieron lo suficiente para detener dicha violencia o para alzar sus voces en contra de la virulenta propaganda antisemita que prosperó en los círculos del ejército blanco.

Solzhenitsyn avala el juicio de Winston Churchill: la violencia antisemita, tolerada o llevada a cabo por las fuerzas blancas durante la guerra civil rusa, minó fatalmente la capacidad de hombres de la talla del mismo Churchill para reunir apoyo internacional para la causa blanca. Siendo tan importante para los prospectos de una Rusia libre, condujo a los judíos no comunistas a los brazos de los bolcheviques. La falta de los líderes blancos al no acoger a los judíos anticomunistas en sus filas, o para evitar la violencia contra la minoría judía, “eclipsó, borró lo que habría sido el principal beneficio de una victoria blanca: una evolución razo-

nable del Estado ruso”. Estas crudas verdades acerca de la negligencia y los pecados de los “patriotas” rusos también deben enfrentarse en cualquier ajuste de cuentas honesto con el siglo veinte ruso.

#### LAS FORTUNAS DEL JUDAÍSMO SOVIÉTICO

Los judíos no sólo eran conspicuos entre los que originalmente apoyaban al régimen bolchevique, con el tiempo se contarían entre sus víctimas principales. Stalin se volvió contra los judíos con feroz intensidad en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Durante los ocho años finales de su gobierno, los judíos fueron objeto de “pesadas ordalías”. Cuando murió en 1953, Stalin estaba en el proceso de orquestar una campaña de represión sin precedentes contra los judíos. Esos fueron tiempos oscuros para los judíos soviéticos. Solzhenitsyn hace la crónica de las cambiantes fortunas del judaísmo soviético con compasión y sensibilidad. Y no deja de dirigir la atención al papel desproporcionado que representaron los judíos en el movimiento disidente de las décadas de 1960 y 1970.

Aunque para entonces los judíos eran menos del uno por ciento de la población soviética, eran sin duda el alma y el corazón de la disidencia soviética. Le proporcionaron gran parte de su notable energía moral y sentido de propósito. Solzhenitsyn señala la contribución de los judíos soviéticos a la causa anticomunista con gratitud y respeto. En particular, expresa su profunda admiración por el valor cívico y el testimonio moral del disidente judío Aleksandr Ginzburg. Ginzburg desempeñó un papel particularmente impresionante al exponer los juicios públicos del período de Brezhnev. Posteriormente administraría el Fondo Social Ruso en nombre de Solzhenitsyn (este fondo, creado con las regalías obtenidas en todo el mundo por *El archipiélago Gulag*, se estableció para dar ayuda económica a las familias de los prisioneros políticos soviéticos). Solzhenitsyn también proporciona una conmovedora descripción de los siete heroicos manifestantes de la Plaza Roja (cuatro de los cuales eran judíos), que salvaron el honor de Rusia protestando contra la desvergonzada invasión de Checoslovaquia en agosto de 1968.

El minucioso examen que hace Solzhenitsyn del archivo histórico establece que los judíos desempeñaron un papel “desproporcionado” tanto para consolidar

el control soviético en la década de 1920 como para después socavar la ideología comunista en las décadas finales de ese régimen crecientemente esclerótico. La verdad y el equilibrio no son suficientes, sin embargo: algunos críticos han culpado a Solzhenitsyn de lo que perciben como un celo excesivo al contar los patronímicos y seudónimos judíos entre los miembros del partido y el aparato de la Cheka en los primeros años del régimen soviético. Y sin duda alguna su detallada atención a esta materia perturbará a muchos lectores occidentales que vacilan en hacer juicios acerca de cualquier persona o de cualquier cosa.

Pero el objetivo de Solzhenitsyn, como ya hemos visto, ciertamente no es exponer el carácter “judío” de la revolución o del régimen bolcheviques, sino más bien desafiar la muy extendida noción de que siempre se persiguió a los judíos en Rusia y en consecuencia estaban igualmente distantes del régimen zarista como del bolchevique. El mero acto de llamar la atención sobre la “desproporcionada” presencia judía en el aparato represivo del Estado leninista es evidencia *prima facie* de antisemitismo de acuerdo con algunos de los críticos de Solzhenitsyn. Pero los que creen esto nunca desafían realmente la exactitud de los *hechos* hacia los cuales Solzhenitsyn atrae nuestra atención. A este respecto, merece señalarse que el *refuznik* convertido en estadista israelí Natan Sharansky ha llegado a conclusiones notablemente similares a las de Solzhenitsyn, ¡y seguramente sin intención antisemita! En un artículo reciente acerca de la oleada de antisemitismo en el mundo contemporáneo, Sharansky se dirige a la compleja relación de los judíos con la teoría y la práctica comunistas:

Como es bien sabido, un buen número de judíos, esperando emancipar a la humanidad y “normalizar” su propia condición en el proceso, enganchó su destino a esta ideología y a los movimientos asociados a ella. Después de la revolución bolchevique, se probó que esos judíos estaban entre los más devotos servidores del régimen...

Casualmente, aunque los judíos estaban desproporcionadamente representados en las filas de los primeros bolcheviques, la mayoría de los judíos rusos estaban muy lejos de ser bolcheviques, o siquiera simpatizantes de los bolcheviques. De manera más importante, con el tiempo, también los judíos llegarían a desempeñar un papel desproporcionado en la caída del comunismo. (Natan Sharansky, “Hating The Jews”, *Commentary*, noviembre de 2003, pp. 31-32.)

ARREPENTIMIENTO Y RESPONSABILIDAD

En la perspectiva de Solzhenitsyn, rusos y judíos por igual deben llegar a un acuerdo sobre su complicidad en el régimen comunista y dejar de culpar a otros de todos sus infortunios y descontentos. La Cheka llevó a cabo una guerra implacable contra estratos enteros de la sociedad rusa. El clero, los comerciantes, aristócratas, “kulaks” e intelectuales independientes, todos eran señalados como “enemigos del pueblo” y “enemigos de clase”; eran arrestados o ejecutados en función de quiénes eran más que por algo que hubieran hecho. En la perpetración de esos crímenes ha de culparse tanto a rusos como a judíos.

En la conclusión del capítulo quince (“Del lado de los bolcheviques”), Solzhenitsyn dice verdades difíciles acerca de la necesidad de arrepentimiento mutuo por parte de ambas comunidades. Insiste en que no hay escapatoria de la obligación moral de confrontar honesta y abiertamente la colaboración de segmentos enteros de la sociedad rusa y judía con un régimen esencialmente totalitario y aterrorizador. Hay razones perfectamente comprensibles, aclara Solzhenitsyn, por las que los judíos, sospechosos de las intenciones blancas durante la guerra civil, se adhirieron a la causa del bolchevismo. Pero los judíos necesitan ir más allá de una justificación meramente defensiva con respecto a sus correligionarios, que sirvieron como “asesinos revolucionarios” durante el régimen leninista. Y lo mismo puede decirse de los nacionalistas rusos, que culpan a todos excepto al pueblo ruso de las vilezas criminales del régimen soviético.

Tanto rusos como judíos deben ir más allá de los mutuos reproches que sirven a cada comunidad para no asumir plena responsabilidad por sus propias faltas y limitaciones. Solzhenitsyn implora a ambas comunidades que adopten una respuesta moralmente elevada a la cuestión de las relaciones rusojudías. Cada una debe enfrentar libremente sus pecados y al hacerlo responsabilizarse de su vida moral y su destino histórico. El modelo imitable para tal confrontación liberadora con el pasado puede encontrarse en la decisión de la República Federal Alemana, aunque vacilante en un principio, de reconocer los horribles crímenes contra la humanidad y el pueblo judío que habían cometido los nacionalsocialistas en nombre de la nación alemana. El hecho de que el régimen de Hitler de ninguna manera representara a los alemanes de espíritu recto no mitigaba la responsabili-

dad de la Alemania democrática de arrepentirse de este ignominioso episodio de la vida nacional alemana.

Desde mi punto de vista, esta analogía es de alguna manera inexacta, puesto que los nacionalsocialistas asesinaron, por perverso que sea, en nombre de la *nación* alemana, mientras que los bolcheviques rusos y judíos colmaron de escarnio la moralidad tradicional y cometieron sus crímenes en nombre de una ideología agresivamente antirreligiosa y antinacional. Los chekistas judíos no aterrorizaron a sus víctimas en nombre del judaísmo, del mismo modo que Lenin no llevó a cabo sus represiones brutales en nombre de Rusia ni de la Ortodoxia. Aun así, Solzhenitsyn demuestra de manera apremiante que el arrepentimiento es un componente esencial de la salud moral y del conocimiento propio de un pueblo que se respeta a sí mismo. Y añade que aquí no es “una cuestión de responder a otros pueblos, sino ante uno mismo, ante la propia conciencia y ante Dios”.

#### EL DESAFÍO MORAL DE SOLZHENITSYN

Los críticos de Solzhenitsyn están tan preocupados por acusar al escritor por su supuesto antisemitismo que no logran reconocer el carácter pre eminentemente *moral* de su llamado al arrepentimiento y a la autolimitación. Politizan sus discusiones y deforman hasta dejar irreconocible una intervención moralmente elevada en nombre del juicio histórico imparcial y el arrepentimiento mutuo. Sus críticos simplemente dan por sentado que Solzhenitsyn es un apologista romántico de alguna “Rusia sagrada” de su imaginación, absolutamente ciego ante las imperfecciones de la sociedad y el Estado rusos prerrevolucionarios.

Si Solzhenitsyn está imbuido por un profundo amor a su país, debe, según el razonamiento, encubrir el pasado ruso y disculparse por sus múltiples imperfecciones e injusticias. Son los mismos críticos que condenan *La rueda roja* por ser un fracaso literario colosal sin mostrar evidencia alguna de haberla leído. Es precisamente en esa extensa obra que Solzhenitsyn presenta una acusación devastadora contra el viejo régimen, desprovisto del más elemental instinto para hacer lo necesario con el fin de estar a la altura de los desafíos de una modernidad emergente. Los actores políticos en ambos lados de la división sociedad-Estado-cortesanos y ministros zaristas, políticos liberales e intelectuales radicales— se hipnotizaron

con las hechizantes tentaciones de la inercia reaccionaria y la impaciencia revolucionaria. A juicio de Solzhenitsyn, la irresponsabilidad combinada de la izquierda y la derecha, de reaccionarios y revolucionarios, fue lo que finalmente selló la suerte de Rusia en 1917.

En todo caso, Solzhenitsyn es consistentemente más duro en sus juicios con la parte rusa de lo que lo es con la judía. En consecuencia, no hay nada parcial en su llamado al arrepentimiento y a una completa y honesta rendición de cuentas del pasado nacional ruso. Los rusos, nos dice, deben “responder por los pogromos, y por los despiadados incendiarios campesinos, y por los soldados revolucionarios enloquecidos, y por los marinos convertidos en bestias”. El arrepentimiento es un *sine qua non* del patriotismo humano y autolimitado, un componente indispensable de la auténtica grandeza nacional. Desde luego, algunos criticarán a Solzhenitsyn por esta misma imparcialidad al analizar las contribuciones y los pecados de rusos y judíos. Verán en su supuesta imparcialidad un antisemitismo particularmente sutil y consecuentemente odioso, una equivalencia moral que sitúa a víctimas y perpetradores en el mismo plano.

Pero este juicio no puede resistir la confrontación con el texto de Solzhenitsyn. El escritor rechaza con justicia el absurdo moral que dice que, porque algunos judíos unieron su suerte a la causa totalitaria, los pogromos y las discriminaciones “vejatorias” que sufrieron los judíos bajo el antiguo régimen eran de algún modo moralmente aceptables. Como arguye persuasivamente en el volumen I de *Doscientos años*, fue precisamente la incapacidad del antiguo régimen para adoptar una respuesta racional a la cuestión judía lo que contribuyó poderosamente a reforzar las propensiones revolucionarias de muchos judíos secularizados y asimilados.

Del mismo modo, Solzhenitsyn rechaza una lógica perversa que arguye que la presencia inaceptable del antisemitismo bajo el antiguo régimen relativiza de alguna manera los monstruosos crímenes llevados a cabo por los chekistas después de 1917, fuera su origen nacional o étnico. Solzhenitsyn tiene demasiado respeto por el pueblo judío para favorecerlos o consignarlos al estatus permanente de víctimas históricas. Un crítico de mente justa sólo puede concluir que no hay nada antisemita ni nacionalista en el partidismo de Solzhenitsyn en pro del “arrepentimiento y la autolimitación”. Las polémicas en respuesta a los llamados de Solzhenitsyn al arrepentimiento mutuo por parte de rusos y judíos dicen mucho más

acerca de las confusiones intelectuales y la inmadurez espiritual de algunos de sus interlocutores que de cualquier parcialidad o insensibilidad por parte del escritor ruso.

#### EL HOLOCAUSTO

Solzhenitsyn reconoce cabalmente que ninguna discusión de la “cuestión judía” rusa puede ignorar la terrible guerra contra el judaísmo soviético que condujeron los nazis después de su invasión de la Unión Soviética en junio de 1941. En el capítulo veintiuno (“Durante la guerra con Alemania”), Solzhenitsyn proporciona una sombría y detallada descripción del Holocausto que se desplegó en el territorio soviético entre 1941 y 1944. También rinde tributo a la importante contribución que los judíos rusos hicieron a la defensa de la patria en la lucha común contra el enemigo nazi. Sobre el último punto, presenta una investigación original inédita que refuta acusaciones que se oyen comúnmente acerca de una supuesta falta de participación judía en el esfuerzo bélico.

Solzhenitsyn hace justicia a la singularidad del Holocausto, a la incalificable monstruosidad de la guerra contra el pueblo judío, sin minimizar nunca los males comparables que fueron el Gulag y la colectivización. Reconoce que incluso si “el régimen de Stalin no era mejor que el de Hitler”, los judíos soviéticos no podían permitirse ver las cosas de esa manera. “En un tiempo de guerra esos monstruos no podían ser iguales” a los ojos de los judíos soviéticos, puesto que se enfrentaron con nada menos que el “más terrible enemigo en toda la historia judía”.

En un tono digno y sombrío, Solzhenitsyn narra los hechos verdaderamente “abrumadores” de la exterminación de los judíos en la zona occidental de la Unión Soviética. Proporciona una descripción particularmente conmovedora de la horripilante “hecatombe” de la muerte y la destrucción infligidas por los nazis en Babi Yar. En sólo dos días, a finales de septiembre de 1941, 33 771 judíos fueron ejecutados y apilados en la barranca de Babi Yar en las afueras de Kiev. Al final de la guerra, cien mil cuerpos yacían descomponiéndose en esa tumba masiva. La magnitud de semejante carnicería física merece una respuesta moral, y Solzhenitsyn no se queda sin reflexionar sobre la significación más profunda de este acontecimiento: “Los fusilamientos masivos de Babi Yar se han convertido

en un símbolo en la historia universal. Nos horrorizan precisamente por el cálculo frío, la rigurosa organización que es característica de nuestro siglo veinte”. Este crimen es mucho más desgarrador que otros ejemplos de la inhumanidad del hombre para con el hombre. Solzhenitsyn nos recuerda que una destrucción deliberada y un cálculo organizado semejantes es [sic] un producto de nuestra civilización moderna, progresista y “humanista”. En contraste, “durante la ‘oscura’ Edad Media, la gente no mataba excepto cuando eran arrastrados por un arrebatado de furia o en la rabia de la batalla”.

Como ya hemos observado, Solzhenitsyn rehúsa rivalizar los sufrimientos de rusos y judíos entre sí. La “totalidad del sufrimiento” padecido tanto por rusos como por judíos, a manos de los regímenes comunista y nacionalsocialista, es “tan grande, el peso de las lecciones infligidas por la Historia tan insoportable, la angustia por el futuro tan desgarradora”, que es imperativo que tal sufrimiento dé lugar a la empatía mutua, la comprensión y la reflexión por parte de rusos y judíos. Al servicio de tal objetivo, el capítulo veintiuno finaliza con el examen de una serie de pensadores judíos que han reflexionado sobre el significado profundo del Holocausto y de su lugar en los designios providenciales de Dios para el hombre. Solzhenitsyn se aproxima a esta materia delicada, respetuosamente. Nunca les dice a los judíos qué interpretación filosófica o teológica deben dar a la terrible experiencia del Holocausto. Unos cuantos pensadores, como Daniel Levine en las páginas de la publicación rusoisraelí “22”, han visto en el Holocausto un “elemento de castigo para ciertos pecados”, tales como la participación judía en el movimiento comunista. Solzhenitsyn señala que la vasta mayoría de los pensadores judíos descartan esas reflexiones como “insultantes” e incluso “blasfemas”. Por su parte, Solzhenitsyn acogería con agrado una “autocrítica similar”, tan noble, tan magnánima, *por la parte rusa*. Cree que cualquier percepción espiritualmente sensible de la experiencia rusa en el siglo veinte debe “ver, ahí, también” un elemento de castigo o “penitencia de lo Alto”.

La apertura de Solzhenitsyn a una lectura “providencial” del terror comunista y nazi, como castigo en un sentido espiritual más profundo y elevado, puede muy bien ser “ofensiva” para ciertas sensibilidades seculares. Los creyentes religiosos verán en ella un esfuerzo para llegar a un acuerdo con el “misterio del mal” y las pesadas exigencias de la responsabilidad moral. Pero esto debe quedar claro: la

apertura de Solzhenitsyn a una lectura “providencial” del siglo veinte ruso no socava en modo alguno su reconocimiento moral del Gulag y del Holocausto como manifestaciones abominables del mal radical. Un mal semejante debe ser llamado por su nombre y los seres humanos civilizados deben oponerle fiera resistencia. Y, como indican los ejemplos de Solzhenitsyn y Orwell, el mal radical finalmente hace que surjan temas y perspectivas teológicas finales.<sup>2</sup>

El lector no puede sino impresionarse con el carácter meditado, digno y empático del tratamiento que Solzhenitsyn da al Holocausto en territorio soviético. Expresa profunda empatía hacia el pueblo judío en su momento de mayor aflicción. Y transmite hábilmente la dimensión ineludiblemente sagrada o teológica de esta tragedia. “No por nada se escribe Holocausto con H mayúscula. Es un enorme acontecimiento que toca a un pueblo inmemorial”.

#### EL *NON POSSUM* DE SOLZHENTSYN

Es con cierta pena que damos un giro, desde estas alturas y profundidades, a un renovado examen de algunas de las polémicas que rodean el tratamiento que da Solzhenitsyn a la “cuestión judía”. Solzhenitsyn se siente particularmente resentido ante cualquier sugerencia de que un escritor debe presentar el pasado como “debería ser” y no como realmente es. La confusión de la realidad con los dictados de la ideología o de la “corrección política” estaba en el centro de la distorsión “realista socialista” de la literatura rusa durante el período comunista, y Solzhenitsyn no tuvo parte en ella. Comprensiblemente, se sorprende ante cualquier mención de que el escritor concienzudo es “capaz de olvidar o de rehacer el pasado”. Ciertamente, las figuras judías de los escritos artísticos e históricos de Solzhenitsyn están trazadas con la misma preocupación escrupulosa por la precisión histórica, y una entrega fiel y humana de personaje y motivo, que inspira su retrato de todos los individuos en sus escritos. Pero la negativa de Solzhenitsyn a aplicar un doble discurso a los personajes judíos y no judíos es aparentemente inaceptable para los que se dedican a buscar signos de antisemitismo en su obra.

---

<sup>2</sup> Alain Besançon, *La falsification du bien*, París, Julliard, 1985, para un análisis profundo de los problemas teológicos planteados por el análisis orwelliano de la “mentira” totalitaria.

Esos críticos tienen una inclinación a contar a los judíos “buenos” y “malos” en los escritos de Solzhenitsyn. Reducen todo a un cálculo matemático tendencioso que distorsiona tanto la naturaleza del arte como la búsqueda de la verdad histórica.

En el capítulo veinte de *Doscientos años juntos* (“En los campos del Gulag”), Solzhenitsyn responde vigorosamente a esas exigencias políticamente correctas, hipersensibles ante cada personaje y tema judíos en sus escritos. El escritor ruso deja perfectamente en claro que rehúsa jugar según las reglas de ese juego. Dirá la verdad como la entiende, aun cuando al hacerlo despierte la ira de los guardianes de la corrección política. Solzhenitsyn es particularmente franco en este capítulo, tratando abiertamente temas que incluso un lector comprensivo podría haber esperado que hubiera tenido la prudencia de evitar. Una cosa es autocensurarse en respuesta a las exigencias de la pureza ideológica, otro asunto completamente diferente es resaltar asuntos que muy probablemente captarán los lectores descuidados y los críticos hostiles. El peligro es que las polémicas que entonces se originan distraerán a los lectores de enfrentar lo que es verdaderamente significativo en el argumento propio. Ya hemos visto en funcionamiento este patrón destructivo en algunas de las respuestas rusas iniciales a *Doscientos años juntos*. En vez de dirigirse a los temas principales y a los argumentos reales del libro, los críticos hostiles a Solzhenitsyn se concentran en media docena de pasajes que encuentran particularmente “ofensivos”.

Uno de esos pasajes representativos bastará para nuestros propósitos. En respuesta a los reclamos hechos por algunos autores judíos en cuanto a que los judíos enfrentaron una situación particularmente onerosa en el Gulag, Solzhenitsyn ofrece su impresión (y admite libremente que sólo es una “generalización” basada en su experiencia y conocimiento propios) de que los judíos tendían a beneficiarse desproporcionadamente desde cómodas posiciones privilegiadas en los campos. Señala que los judíos tendían a proteger a los suyos, lo que habla en favor de ellos. Es un argumento factual, abierto a la discusión. Y queda claro, por el contexto, que se plantea sin ninguna intención antisemita. Pero algunos críticos han refutado esta aseveración como si finalmente hubieran encontrado la pistola humeante que durante tanto tiempo habían estado buscando, la prueba definitiva de la hostilidad de Solzhenitsyn hacia los judíos. Esos mismos críticos ignoran

casi uniformemente el tributo que rinde al mismo tiempo Solzhenitsyn a los judíos que conoció personalmente, que no son un número reducido, quienes valientemente rechazaron la oportunidad de trabajar en puestos privilegiados. Esos hombres se arriesgaron a una muerte temprana al escoger laborar en el rudo “trabajo general” en vez de aceptar posiciones o privilegios especiales dentro de los campos. Judíos como Vladimir Efrogimson y Yakov Grodzensky se encontraban entre las almas más nobles que Solzhenitsyn tuvo el privilegio de encontrar durante sus años en los campos. Hombres como esos compartían lealmente la “suerte común” aunque podrían haber optado por una salida relativamente más fácil. Como resultado de su profundo sentido de la obligación moral, eran objeto del sarcasmo y el ridículo de ambas partes. Esos prisioneros judíos eran las más nobles encarnaciones del “camino de la autolimitación”, el único camino capaz de “salvar a la humanidad” de acuerdo con Solzhenitsyn. Escribe que “nunca pierde de vista tales ejemplos”, sino que más bien “en ellos yacen todas mis esperanzas”. Ésa es una gran alabanza, en realidad la máxima alabanza. Un recuento fiel del pasado debe hacer cabal justicia a los que enorgullecen a su pueblo y a la humanidad, a quienes por medio de su elección de autolimitación reivindican el honor de la raza humana.

Uno debe admirar ciertamente a Solzhenitsyn por su franqueza, por su rechazo intransigente a inclinarse o a distorsionar la verdad, aun cuando uno desea que mostrara más sensibilidad ante el delicado problema de presentar verdades controversiales o difíciles a un público que no siempre está listo para recibirlas. El capítulo veinte va y viene de momentos de innegable altura intelectual y moral a atronadoras polémicas contra sus críticos más irresponsables. Solzhenitsyn estalla con legítima indignación contra todos los que salen a la caza de un inexistente antisemitismo, que desean censurar hechos históricos incómodos, o que dirigen erróneamente su indignación contra el autor de *El archipiélago Gulag* (por reproducir fotografías de una famosa publicación soviética de las ocho figuras principales a cargo del infame proyecto de trabajo forzado del Canal Mar Blanco-Belomor<sup>3</sup> –todos excepto uno resultaron ser judíos) en vez de dirigirla a la ideología que

---

<sup>3</sup> Ese proyecto costó la vida a decenas de miles de *zék* de Rusia, Ucrania y Asia Central. Solzhenitsyn habla de 250,000 víctimas. En su *Archipiélago* no dice nada del origen de los administradores de los campos.

condujo a tales vilezas criminales en primer término. Como hemos demostrado ampliamente, el enojo no es en modo alguno el tono dominante de este libro, está muy lejos de serlo. Pero Solzhenitsyn no puede evitar expresar su exasperación ante aquellos que crean obstáculos completamente injustificados al entendimiento genuino y recíproco entre rusos y judíos.

El segundo volumen de *Doscientos años juntos* está animado por esa vigorizante oscilación entre el reporte equilibrado de los hechos y los nobles llamados al juicio imparcial y al arrepentimiento mutuo, por una parte, y un rechazo tenaz a prosternarse ante los guardianes de la corrección política, por otra. Todos los aspectos tienen su lugar. Pero el lector atento debe evitar dejarse llevar por las polémicas distractoras que con demasiada frecuencia han girado en torno al libro. La obra de Solzhenitsyn transmite un profundo respeto por la grandeza espiritual del pueblo judío. Su elocuente y poderoso testimonio de los terribles crímenes cometidos en nombre de ideologías totalitarias de izquierda y derecha es una contribución indispensable a nuestro entendimiento del siglo veinte. A la luz de dichas consideraciones, es necesario apartar la atención de polémicas infructuosas hacia un compromiso serio con el llamado “al arrepentimiento y la autolimitación” que enmarca e inspira cada página del notable libro de Solzhenitsyn. El más importante escritor ruso de la época ha planteado un reto a los lectores moralmente serios que desean ir más allá de las animosidades debilitadoras del pasado y promover la comprensión mutua entre rusos y judíos.

Hemos visto que *Doscientos años juntos* articula una defensa elocuente, seria y de alto valor moral del arrepentimiento nacional y la responsabilidad moral colectiva que es incompatible con toda forma de chauvinismo y nacionalismo lleno de odio. Además, Solzhenitsyn es un patriota ruso que aspira genuinamente a un juicio histórico imparcial. Él sería el primero en admitir que no ha logrado el equilibrio perfecto entre la universalidad y la particularidad, entre lo que se requiere para defender el honor de su propio pueblo y lo que se requiere para hacer justicia a las legítimas demandas de los judíos. Una reconciliación perfecta como ésta de la universalidad y la particularidad está más allá del alcance de cualquier escritor o pensador en particular (o, para el caso, de cualquier simple mortal). A Solzhenitsyn lo mueven innegablemente las pasiones del patriota, pero nunca los odios del antisemita. Por supuesto, los lectores pueden muy bien encontrar

algo con lo cual pelearse en esta larga y apasionada obra. Pero esto no debe atravesarse en el camino de una apreciación exhaustiva del logro de Solzhenitsyn. *Doscientos años juntos* es una obra sobresaliente de erudición y reflexión moral que merece nuestra atención y respeto. Es un modelo de investigación histórica humana que nunca pierde de vista los asuntos que verdaderamente importan. Por estas razones y otras más, bien merece ser publicada en el mundo de habla inglesa. Nosotros también debemos mostrar algún valor frente a los guardianes de la corrección ideológica. ❧